

MANUEL ANTONIO GARRETÓN:
*EL PROCESO POLÍTICO CHILENO**

David Gallagher

*E*n su introducción a “El proceso político chileno”, el profesor Garretón cita una frase de Enrique Lihn: “Dichosos tiempos aquellos en que la disputa era un arte y no una redada policial” (pág. 15). Al comienzo de su capítulo sobre el Gobierno de la Unidad Popular dice: “Las visiones unilaterales de la historia nacional pueden tener negativas consecuencias para la vida de la sociedad. Si ciertos momentos de esa historia son vistos como la victoria de los ‘buenos’ sobre los ‘malos’, el resultado será que el país que se busque construir se hará necesariamente estigmatizando a ciertos sectores sociales y a los momentos de la historia en que tuvieron significación nacional” (pág. 39). La nueva publicación de *El proceso político chileno* sin redada policial es signo de que felizmente se está haciendo posible otra vez, el arte de disputar en Chile, y el libro, que analiza el proceso político chileno de 1939 hasta ahora, es un esfuerzo intelectual de enorme valor que enriquece nuestro incipiente debate político.

El libro es un conjunto de ensayos “que fueron preparados en diversas circunstancias y con diversos objetivos”, pero que “tienen entre sí una

DAVID GALLAGHER. Ex profesor y Fellow del St. Anthony's College en la Universidad de Oxford. Autor del libro “Modern Latin American Literature”, Oxford; Oxford University Press, 1973. Ex Director de Morgan Grenfell & Co. Limited. Actualmente consultor finanzas internacionales. Sus ensayos políticos, económicos y literarios han aparecido en diversas publicaciones nacionales y extranjeras.

* Santiago: FLACSO, 1983, 206 págs.

perspectiva y una preocupación intelectual común” (pág. 19). Garretón comienza con una “visión general” de la crisis del “Estado de Compromiso” (págs. 21-38); en seguida analiza el período de la Unidad Popular (págs. 39-63), y finalmente analiza, en términos generales, el “Régimen militar y capitalismo autoritario en el Cono Sur” (págs. 65-121) y, específicamente, el caso del régimen militar chileno (págs. 125-206). El libro termina con algunas ideas sobre la transición a la democracia.

1. Crisis del “Estado de Compromiso”

Desde 1929, según Garretón, se produce en Chile un “triple proceso”: industrialización sustitutiva, “democratización sustantiva” (o sea, redistribución y satisfacción de “demandas sociales”), que el desarrollo hacia adentro “mediatizado” por el Estado permite, y evolución del sistema político democrático, con incremento de la participación, donde, además, en un sistema de transacciones, “ninguna clase en particular logra asegurar su hegemonía definitiva” (pág. 24). Este “triple proceso” topa, finalmente, con las limitaciones, “la tendencia al estancamiento en el largo plazo”, del “capitalismo dependiente” con “aquellos marcos y límites que la lógica final del capital (sic) tiende a hacer cada vez más estrechos” (pág. 26). Durante el Gobierno de Frei se procura, en vano, dar un “gran salto adelante” para “mantener este triple juego”, y se hace “profundizando la industrialización”, e incorporando a los sectores marginales rurales y urbanos hasta entonces excluidos. El intento es vano debido al agotamiento y a la lógica “excluyente” del “capitalismo dependiente”, cuyas “exigencias de acumulación y estabilidad no permiten ya los sesgos redistributivistas y participacionistas” (pág. 42). En consecuencia, el capitalismo pierde su “legitimidad” y se produce “la aceptación más o menos generalizada del carácter socialista de la revolución” (pág. 51).

En la búsqueda de los determinantes económicos de la crisis de las democracias latinoamericanas, está de moda postular que, agotadas las etapas “fáciles” de la sustitución de importaciones (bienes de consumo, bienes intermedios), el desarrollo “capitalista dependiente” se hace cada vez más “difícil”¹.

¹ Ver Arturo O’Donell, *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires, Paidós, 1973, y David Collier (ed.), *The New Authoritarianism in Latin American*, Princeton, 1979 (en especial, el excelente análisis crítico de Alberto O. Hirschman, “The Turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for Economic Determinants”, pp. 61-98).

Siguiendo esta línea, Garretón dice que las necesidades de “estabilización o profundización del esquema capitalista de desarrollo con su reengarzamiento en las tendencias del capitalismo transnacional”, tienden a la necesidad de revestir “las tendencias democratizadoras sobre la base de la exclusión de vastos sectores incorporados anteriormente” (pág. 43)². Por esa razón la “lógica final del capital” genera como alternativas o un Gobierno autoritario o el socialismo que permite “la continuación y profundización del proceso de democratización en su doble componente de régimen político democrático y tendencia a la igualdad social” (pág. 43).

Es necesario detenerse en este argumento, que es aceptado por grandes segmentos de la intelectualidad latinoamericana casi como un dogma, por mucho que sean los matices que se le den, y que el mismo Garretón le da, en una prosa sugestiva que abunda en significantes reacios a resignarse a referentes precisos, y cuyos matices son por tanto difíciles de resumir.

Un primer inconveniente es el hecho de que todas las democracias de mundo son capitalistas³. Es verdad que muchas de estas democracias tienen economías desarrolladas y, por lo tanto, suponemos, no dependientes (¿independientes?). Sin embargo, también algunos países subdesarrollados como Venezuela y Colombia se han mantenido democráticos por veinticinco años o más, a pesar de su modelo “capitalista dependiente”.

Es posible que algunos científicos sociales hayan confundido “democracia” con “democracia populista”, y de hecho Garretón lo hace en este libro. La confusión está resumida en la palabra “democratización”, que usa como sustituto de “democracia”. En primer lugar, “democratización” implica un proceso que tiende al infinito. Nunca hay lo suficiente. Además, “democratización” tiene para Garretón un “doble sentido” –democratización política o proceso hacia una democracia política cada vez más representativa y participativa, y “democratización sustantiva” o proceso hacia una redistribución y satisfacción cada vez mayor de “demandas sociales”– y los dos sentidos de la palabra son postulados como inseparables. Los dos “componentes” de la palabra se “legitiman” mutuamente. Por tanto, según este razonamiento no puede hacer “democracia” sin haber por un lado cada vez más “democratización” política, que implica cada vez más representación y

² O'Donnell usa la palabra “profundización” para describir la etapa de sustitución de bienes intermedios y bienes de capital, a veces llamada “integración vertical”. En economía, “profundización” es más común como inversión, que implica un incremento de la relación capital/trabajo. Garretón parece a veces estar usando la palabra en cualquiera de estos sentidos, pero también como sinónimo de ampliación, incremento, progreso, deterioro, etc.

³ Descartamos la distracción semántica de quienes pretenden que países como la Unión Soviética o Cuba son democráticos.

participación, y sin haber, por otro, cada vez más redistribución y satisfacción de “demandas” sociales.

Garretón no nos dice dónde termina la “lógica” del proceso de democratización política —qué amplitud o profundización de sufragio o de participación—, por lo cual cabe imaginar que la *perfección* se logra sólo cuando todos los adultos y los niños se eligen a sí mismos para gobernar *en conjunto*. En cuanto al proceso de democratización “sustantiva”, sinónimo de redistribución y de satisfacción de “demandas” sociales, parecería que éste no puede terminar hasta que todos los ciudadanos sean absolutamente iguales en cuanto a oportunidades y resultados. Debido a que la democratización también genera demandas incrementales, la “legitimidad” del sistema requiere además un proceso de infinito enriquecimiento.

Con esta visión populista que tiene de “democracia”, es fácil ver por qué para Garretón la democracia no es compatible con el “capitalismo” o el “capitalismo dependiente” (palabras que son usadas como sinónimos) en especial porque “capitalismo” y “capitalismo dependiente” parecen significar para él lo mismo que “recursos limitados”. Llega el momento en que el capitalismo (alias recursos limitados) no puede satisfacer más demandas. Ergo, capitalismo y democracia no pierda “legitimidad”. Garretón no nos dice en este libro cuáles son las medidas económicas socialistas que producirán la necesaria elasticidad de recursos; no nos dice cómo se evitaría la “lógica final del capital”. En ningún momento se plantea que el problema sea, tal vez, uno de exceso de demandas que *ningún* sistema económico es capaz de satisfacer.

No es accidental que las mismas revoluciones que se hacen en base a demandas excesivas siempre terminen en Gobiernos autoritarios o totalitarios. Los “representantes” del proletariado se convierten rápidamente en dictadores justamente porque ninguna economía puede satisfacer demandas inagotables, en especial las economías socialistas que, juzgando por las que existen en el mundo real, parecen ser aún más ineficientes que las capitalistas dependientes. Igualmente, las democracias que tambalean son precisamente aquellas en que los partidos han llegado a depender, para sus votos, de la satisfacción desmesurada de las demandas sociales, y que sólo compiten en ofrecer cada vez más. La crisis chilena de 1970 ó 1973 no fue necesariamente una crisis ni de capitalismo ni de democracia; sí fue una crisis de populismo insostenible bajo cualquier sistema⁴. No es casual que

⁴ Desde luego, las crisis tuvieron muchos aspectos no considerados por Garretón. Ver, por ejemplo, el análisis de la “Ideologización del Centro y polarización consecuente” en Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democracy in Chile*, John Hopkins, 1978.

los gobiernos autoritarios de Brasil, Argentina y Chile surgieron todos en reacción a gobiernos *populistas*. No es casual que en Colombia y Venezuela haya habido por mucho tiempo un acuerdo entre los grandes partidos a veces explícito (ver Pacto de Punto Fijo en Venezuela), a veces tácito, de ser prudentes con las promesas electorales. Es así también que los partidos políticos españoles, entre ellos el Socialista y el Comunista, formaron los Pactos de la Moncloa en 1977, donde se establecieron pautas realistas para los incrementos salariales.

Garretón ha resumido en una sola palabra “democratización” dos cosas diferentes: democracia política y redistribución, con tendencia a que ésta sea, irrestricta e inagotable. Al postular que los dos sentidos de la palabra son inseparables y que implican dos procesos infinitos donde el uno pierde legitimidad sin el otro, está postulando, en realidad, una fantasía semántica que es de todos modos irrealizable en el mundo real. Decir que “capitalismo” es incompatible con “democratización” es lo mismo que decir que los recursos escasos son incompatibles con la satisfacción irrestricta de demandas. La gran lección de las crisis de las democracias del Cono Sur es, más bien, que un sistema de libertad política es incompatible con la irresponsabilidad económica, en especial, cuando ésta es resultado de la competencia electoral. Por eso, en países donde los políticos son propensos a promesas desmedidas, pueden ser convenientes los acuerdos explícitos sobre el tema.

2. El Gobierno de la Unidad Popular

Según Garretón, el “proyecto histórico” de la Unidad Popular es uno de “democratización no capitalista”, y por eso tiene un “doble carácter de continuidad y ruptura” (págs. 43-4). Por un lado, el proyecto continúa el proceso de “democratización” anterior en su “doble aspecto” político y redistributivo ya descrito. Por otro, implica “una ruptura más o menos radical con el modelo de desarrollo capitalista dependiente” (pág. 44). El “doble carácter de continuidad y ruptura” le da además al Gobierno una “doble legitimidad” (pág. 54). Sin embargo, con todo, el proyecto culmina en 1973 en una triste “doble realidad”. Por un lado, en el plano de democratización, “el país vive en todas sus dimensiones una explosión de la presencia popular... una experiencia de autoafirmación como seres dueños de su destino popular y colectivo como pueblo...”, aunque esta experiencia no se haya podido “universalizar” con la consecuencia de que hubo “tensión profunda entre los polos ‘clase’ y ‘nación’” (pág. 58). Por otro, “en el plano de un proyecto no capitalista, se asiste a la desarticulación profunda de un siste-

ma económico injusto y que amagaba las potencialidades del proceso democratizador. Pero al no haberse constituido un sistema mínimo de reemplazo esta desarticulación adquirió las formas de un capitalismo en descomposición, con todas las secuelas del mercado negro, especulación, acaparamiento, etc.” (pág. 59). En consecuencia –aunque no sea Garretón quien saque tan explícitamente la conclusión–, se constituye un Poder Popular, con demandas cada vez mayores, frente a una economía en descomposición, cada vez menos capaz de satisfacerlas.

Según Garretón, el principal problema de la Unidad Popular fue un problema de vacío “teórico-ideológico”. Este vacío se produjo por la incapacidad de la Unidad Popular de reconocer que el proceso en marcha era uno de “democratización no capitalista”. O sea, el problema de Chile en 1970-73 fue más que nada un problema semántico: faltaba un Nombre.

Para quienes tienen la impresión de que en la Unidad Popular había más bien un exceso de ideologías que un “vacío teórico-ideológico”, Garretón tiene una explicación. El concepto del vacío teórico-ideológico *no* pretende ocultar la “proliferación del discurso y del debate ideológico...”, que alcanzaron grados muy altos de autonomía respecto de los fenómenos reales, sino que, por el contrario, busca señalar las raíces y carácter de tal proliferación y autonomía” (pág. 62). Si la Unidad Popular como un todo tan sólo hubiera percibido que estaba en un doble proceso de “democratización no capitalista” con su “doble carácter de continuidad y ruptura” se habría evitado toda la confusión de la época, y, sobre todo, el desdoblamiento entre aquella “tendencia que enfatizaba el carácter “transicional” de la fase, como de la que enfatizaba el carácter ‘socialista’ de la misma” (pág. 53). Las diversas facciones de la Unidad Popular no se habrían peleado, y habrían podido afirmar “el carácter y proyección nacional” del proceso (pág. 54), con su “doble legitimidad”.

Es casi conmovedora esta visión de un proceso anónimo en búsqueda de un nombre, que confunde y conmociona a los chilenos, porque nadie lo bautizó. Al leer todo esto uno se siente un poco incómodo, casi avergonzado, como si uno hubiese sorprendido, sin querer, a una secta secreta mientras celebraba algún rito arcano y prohibido.

En primer lugar, ya hemos sugerido que la palabra “democratización” es problemática, porque sugiere un proceso que tiende al infinito, y porque Garretón le da un doble sentido o dos sentidos, postulados incorrectamente como inseparables. En segundo lugar, Garretón no nos dice en ningún momento en qué habría variado la política del Gobierno si hubieran existido estas tres palabras para llenar el “vacío técnico-ideológico”. Dos de esas palabras son “no capitalistas”: ¿no se cumplieron al “desarticularse” el sis-

tema capitalista? Si no hubo un “sistema mínimo de reemplazo”, tampoco hay uno postulado como “no capitalista”. En cuanto a “democratización” en su “doble carácter”: por un lado el Gobierno de Allende, con su marxismo de *goulash* hasta el Plan Millas de agosto, 1972, fue el Gobierno más desmedidamente populista en la historia de Chile, por lo cual fue “democratizador” con creces en el sentido de satisfacer demandas sociales, con incrementos del gasto fiscal en 70% al año; en cuanto a democracia política, fue correcto, si bien usó extraños resquicios legales para “socializar” la propiedad, evitar la “transacción parlamentaria” y contener las furias de la prensa opositora.

A veces, desde luego, la falta de un significante indica la falta de un referente. En otro libro que Garretón ha escrito con Tomás Moulián dice que los “grupos escindidos del reformismo democratacristiano” que se integran a la Unidad Popular deben “buscar el referente de su discurso en la práctica de otros autores políticos, con lo que dicho discurso adquiere un carácter ecléctico en que teoría y práctica política nunca aparecen integrados y en que los problemas ideológico-estratégicos no pueden ser superados”⁵. ¿Habría sido diferente la práctica de esos actores, si Garretón hubiese descubierto antes su “discurso” actual? ¿Cómo habrían sido afectados la ENU, las JAPS, los comandos y cordones, las tomas, las “cuotas”, etc.? ¿Cómo habría sido afectada la política económica? Esta ha sido descrita por Boye y Nohlen como una “política que contemplaba la extrema inflación y la crisis económica generalizada como armas para sepultar a la economía burguesa..., cuyos resultados... fueron tan negativos, que en el balance final estaban perjudicando ya seriamente incluso a los sectores a los cuales toda la empresa de la Unidad Popular estaba destinada”⁶. Es indudable, de todas maneras, que el “no capitalismo” de la Unidad Popular no logró vencer los límites del “capitalismo dependiente”. Si la democracia sólo puede legitimarse con el socialismo, necesitamos saber cómo el socialismo futuro diferirá del “no capitalismo” practicado en la realidad por la Unidad Popular y en qué reside su capacidad superior para satisfacer demandas.

La verdad es que como toda experiencia populista, la Unidad Popular fue un engaño cruel justamente porque ofrecía tanto. Es verdad que el pueblo se sintió “sujeto” y dueño de su “destino”. Subieron enormemente, por un tiempo, los salarios reales. Era emocionante hacer “demandas” y verlas satisfechas sin el inconveniente del esfuerzo: salir en grupos a tomar

⁵ Manuel A. Garretón y Tomás Moulián, *La Unidad Popular y el Conflicto político en Chile*. Santiago, Ediciones, Minga, pág. 143.

⁶ Otto Boye y Dieter Nohlen, “¿Era inevitable la contrarrevolución en Chile?”. En “Allende 10 años después”, N° 3. *Análisis*, octubre 1983.

fábricas y fundos; culpar y denunciar en vez de asumir responsabilidad; creer que al echar al dueño o al jefe, se solucionaba todo; creer que la riqueza se puede *conquistar* en una *lucha*, en vez de someterse a la ardua tarea de crearla. Pero todo esto era un sueño insostenible.

3. El Gobierno Militar

La segunda parte del libro es una contribución a la literatura que conceptualiza a los “nuevos” regímenes militares de América Latina, y que nos ha dado nuevos conceptos tales como “régimen militar tecnocrático”, “Estado burocrático autoritario” (a veces “BA” a secas), “(neo-) fascismo dependiente”, e incluso “fascismo de mercado”⁷.

Según Garretón, estos regímenes tienen una “doble dimensión”, reactiva y fundacional. Surgen en reacción a una “continuación o profundización de un proceso parcial de democratización social y política” (pág. 69) y se dedican a un proyecto de “recomposición y reinserción” capitalista de carácter excluyente, cuyos requerimientos de estabilidad y exclusión suponen un gobierno autoritario (pág. 73). Estos requerimientos especiales de “estabilidad y exclusión” se deben a sus “formas inéditas” de acumulación. Garretón no nos dice cuáles son estas formas, pero sí tajantemente que suponen una “relación estructural” entre “modelo económico” y autoritarismo. En cuanto a la ideología, ésta proviene de la Doctrina de Seguridad Nacional (analizada con ironía en un capítulo dedicado a ella) y del tradicionalismo católico. Las dos doctrinas son contradictorias y, por tanto, el concepto del “bien común” es usado para resolver las contradicciones retóricamente, aunque de todos modos, en caso de duda, predomina la Seguridad Nacional. Estos regímenes adolecen también de otra “contradicción de origen o básica... entre, por una parte, el carácter excluyente y desequilibrante de un proyecto de reestructuración capitalista y de reinserción dependiente en un sistema mundial ya constituido y, por la otra, la necesidad de ampliación de sus bases de legitimidad cuando se han deteriorado los principios de legitimidad contrarrevolucionaria” (pág. 81). Hay un análisis similar del caso específico de Chile.

En toda esta sección, Garretón adopta un tono enfático y sentencioso. De vez en cuando hay observaciones perspicaces, pero, en general, hay poco esfuerzo de comprensión.

⁷ Ver F. E. Cardoso, *Autoritarismo y Democratização*, Río, Pax e Terra, 1975, y Collier (ed.) y O'Donnell (op. cit.).

Garretón habla de un “modelo económico”, pero éste no es descrito; no se hace cargo de sus propósitos ni se pretende refutarlo teóricamente, se recurre más bien a slogans como “excluyente”, “dominante”, etc. Se supone que todos los gobiernos militares “BA” implementan el mismo modelo, lo que es empíricamente falso. No hay ningún intento de explicar por qué hoy democracias en Venezuela y Colombia, ni de explicar el régimen militar del Perú, o el sistema mexicano. Lo que se hace, en realidad, es conceptualizar ex post algunas similitudes reales y otras bastante más dudosas que existen entre los gobiernos autoritarios de algunos países, pero el desprecio por las diferencias hace que estas conceptualizaciones sean tan sólo un poco más útiles que decir “esos países tienen ciudades”. En el caso de muchos conceptos usados, como “dependencia”, se supone que el lector es cómplice de una verdad ya revelada⁸.

Lo que sí es evidente, especialmente en el análisis que Garretón hace del caso chileno, es su *preferencia* por el comportamiento colectivo, por la “articulación” de “sujetos” colectivos. La *identidad* colectiva es indudablemente superior, para él, a la identidad individual. Así, por ejemplo, se *lamenta* de que en este Gobierno se haya producido una “transformación y diversificación de las capas medias que pierden referentes importantes de su identidad como eran la vinculación al Estado...” (pág. 150). La libertad de decisión individual es además una trampa: “se trata de atomizar el proceso de decisiones de modo de convertirlo en una suma de cálculos individuales que hagan innecesario o irrelevante el recurso a la acción colectiva y a la globalización” (pág. 158), todo con el solo propósito de asegurar la “hegemonía” del “bloque dominante”. No sé si Garretón cree que las decisiones individuales deberían ser tomadas por el Estado, por la colectividad como un todo, por “ingenieros sociales” que la “representan” o por quién. No nos dice si cree que los individuos deberían asociarse obligatoriamente. Tampoco sabemos qué relación cree existir entre las decisiones y la información. Nos dice que al ser el punto de partida de estos regímenes “una sociedad altamente movilizadora, polarizada y politizada, tratan... de desarticular y atomizar la base social” (pág. 127). No nos dice, sin embargo, si cree que la movilización, polarización y politización anteriores eran compatibles con una economía real; o preferibles a la libre y pacífica convivencia de individuos, aunque no es difícil percibir la atracción que tienen para Garretón los sujetos colectivos, la idea del “pueblo” que se autoafirma y convierte, colectivamente, en “actor”, las masas eufóricamente unidas alrededor de

⁸ Como dice Borges del idioma analítico de John Wilkins, “los niños podrían aprender ese idioma sin saber que es artificioso”.

una idea, las grandes movilizaciones. Y no parece reconocer, Garretón, relación alguna entre esa ambientación y temperatura social y política y el quiebre del sistema democrático, tanto en países “dependientes” como “imperialistas”.

4. Transición a la democracia

Garretón termina el libro con un llamado a la valorización de la democracia como un fin en sí. Sin embargo, hay que ver lo que esto significa. En varias partes del libro, Garretón critica a quienes ven en la “democracia” sólo un instrumento, por ejemplo, las capas medias en la época de Allende, aunque no, curiosamente, el MIR o el Partido Comunista. Cuando hace esta crítica postula la “democracia como fin en sí” y la “democracia como instrumento” como si fueran alternativas absolutas y excluyentes, lo que es conceptualmente absurdo. Sin embargo, la democracia para él mismo es más bien un instrumento, aunque esto quede ocultado en un juego semántico. En realidad, “democracia” para Garretón es “democratización”, en su “doble sentido”, y por eso –valga la confusión– el “fin en sí” de la democracia parece ser, entre otras cosas, “la transformación progresiva del sistema socioeconómico” (pág. 205), aunque por cierto, ahora con matiz cronológico: “la estabilidad de la democracia en Chile dependerá inicialmente de un cierto (sic) acuerdo en las reglas del juego, pero en el mediano y largo plazo dependerá principalmente de la capacidad que ofrezca de ir transformando el sistema socioeconómico hacia una mayor igualdad y justicia, es decir, en el sentido de demandas populares” (pág. 203).

Cabe terminar con una *impresión* final. Garretón dice en la introducción que “los capítulos que conforman este libro se ubican en un nivel intermedio que reconoce su dependencia de las disciplinas académicas, pero que se acerca a las formas ensayísticas”. Dice que esta “tensión” revela “tanto el agotamiento de un lenguaje de análisis político anquilosado y rígido, como las insuficiencias en ciertos aspectos de las disciplinas académicas consideradas modernas. Es decir, forma parte de una ‘búsqueda’ ” (pág. 16). Esta confesión de eclecticismo nos permite caracterizar eclécticamente lo que connota para nosotros el “discurso” de Garretón.

En la primera parte del libro, sobre la crisis del “Estado de Compromiso” y el Gobierno de la Unidad Popular, predomina una textura muy densa de lenguaje: períodos largos, profusión de cláusulas subordinadas, connotación justamente de una búsqueda dentro de la incertidumbre. A veces Garretón parece estar ensayando significantes para ver si surgen referentes que les correspondan. Otras veces, parece estar buscando el nombre de un

referente que una conceptualización anterior enmascaraba. Sin embargo, la tensión de la búsqueda parece volverse excesiva, y de improviso surge la urgencia del descanso, la necesidad de decir “dependencia”, “dominante”, “bloque”. En otras ocasiones resuelve la incertidumbre con un recurso retórico que en Garretón es insistente, el desdoblamiento: doble aspecto, doble rostro, doble carácter, doble dimensión, etc. Ver dos cosas en una forma de no tener que resignarse a sólo una. Pero es también una forma de simplificar el mundo: ver dos aspectos para no tener que resignarse a la ardua tarea de indagar más.

La “búsqueda” en Garretón es también una forma de no ver, de no tener qué ver, de poder esquivar, por ejemplo, la realidad económica. Garretón despliega un lenguaje que es enormemente flexible, un lenguaje que si bien podría ser el poderoso instrumento de una búsqueda importante, en general, le permite más bien simplificar cuando duele la diferencia, y buscar cuando duele encontrar.

Muy interesante es el hecho de que, en toda aquella parte del libro que analiza el régimen militar, la dificultad del lenguaje desaparece. Ya no hay búsqueda, ya no hay duda. El régimen es autoritario capitalista dependiente dominante excluyente contradictorio y punto. Muy rara vez surge, en esta parte, un “doble rostro” o “doble aspecto”. No sólo no hay confusión que debe ser reducida al dos; dos es mucho. La imagen es unitaria y precisa. En Garretón, el yo es difuso. En cambio, respecto del otro no hay dudas.

□